

IPARRAGVIRRE

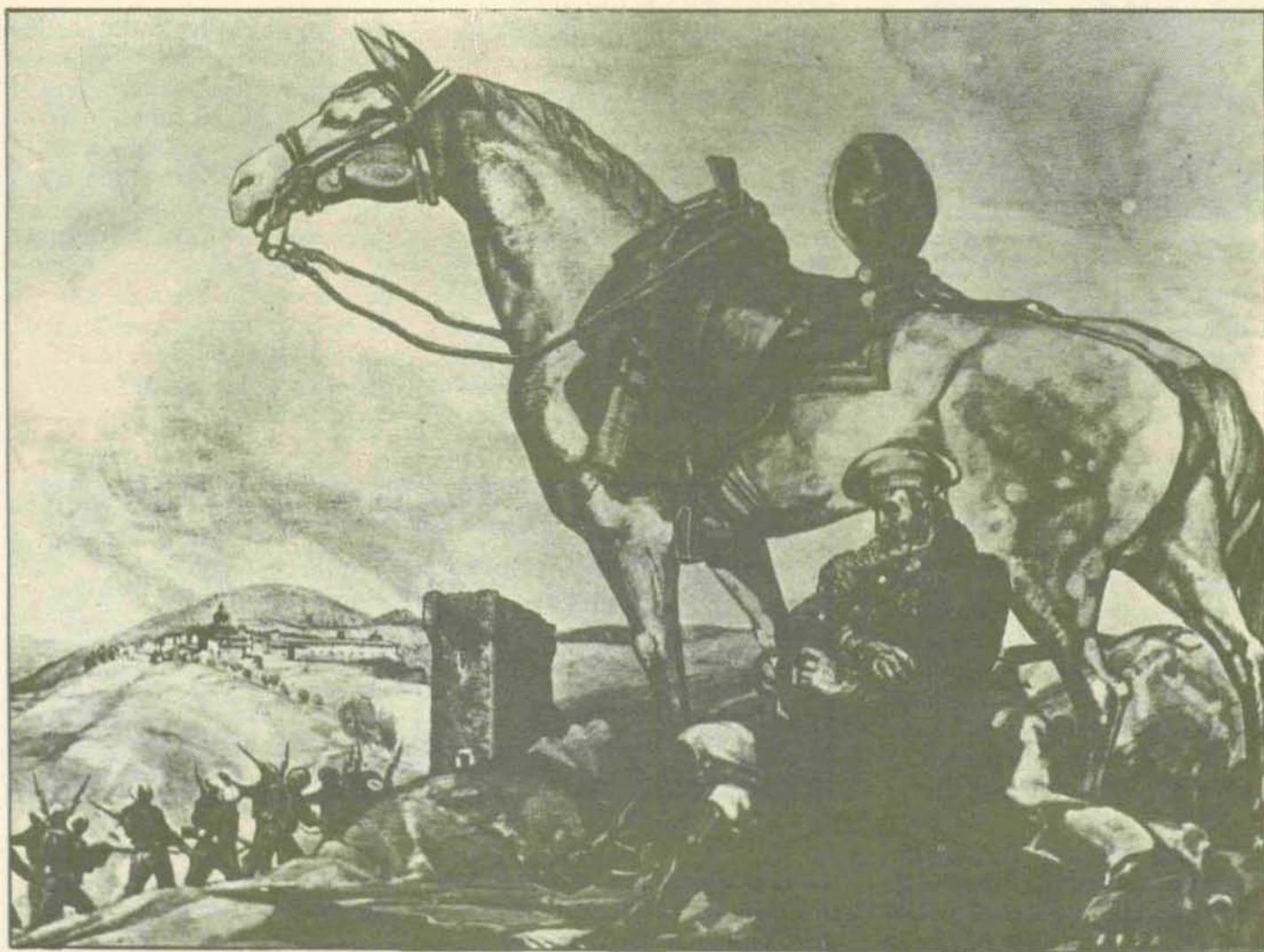


Iparraguirre o la expresión poética del carlismo

Emma Fernández del Pino Alberdi

ME da igual Carlismo poético que poesía carlista. No se trata de arrancar de la tierra su cuerpo y obligarle a firmar declaraciones de principios. Se trata de no quitarle espíritu revolucionario y compromiso con su comunidad social. De no subirle a una torre hecha de espejismos y connotaciones de héroes de cuento sin mayor justificación que el cuento.

No son casualidad sus añoranzas de exiliado político. No es casualidad su exilio.



Las Guerras Carlistas eran los cuadernos de quejas franceses, el levantamiento de los indios americanos y la excusa de un rey injustamente desposeído de un trono por defender, según el pueblo levantado, sus tierras comunales y su régimen autonómico. (En la imagen, D. Tomás Zumalacérregui e Imaz, el mejor general del siglo XIX español).

LAS VERDES PRADERAS

La España del siglo XIX no era tan ignorante de lo que ocurría al otro lado de la frontera *como nos lo han hecho creer*. El proceso revolucionario que

había comenzado en el último tercio del siglo anterior con la revolución francesa, no se quedó en la simple toma del poder de la burguesía. El origen había sido popular y quiso seguir siéndolo, pero la nueva

clase dominante se disfrazó de salvaguarda de logros revolucionarios y el pueblo, después de despojar del poder político a los nobles consiguió, solamente, pasar de servir a títulos, a servir a ricos.



Iparraguirre es un hombre del pueblo, de su pueblo, por eso tuvo que levantarse en armas y por eso, después de cantar por primera vez su «GERNIKAKO ARBOLA» va de pueblo en pueblo y de feria en feria disfrutando del paisaje, de la gente y del aire de Euskadi. Y Euskadi de él. (Iparraguirre dibujado por «Pancho» Bringas).

La guerra de la Independencia, a pesar de la mayúscula, la inició el pueblo, y la ganó. Fernando VII el «Deseado» llegó como si nada hubiera pasado en el mundo, ni el levantamiento de los pueblos, ni la aparición en «los salones» de la poderosa burguesía, y todos se olvidaron del sobrenombre.

La celebrada Constitución del 12, la primera en la historia de España, era un avance sólo por existir, y el intento de la burguesía de aprovechar la guerra como «la toma de la Bastilla» para llegar al poder y frenar los ímpetus de todo un pueblo levantado en armas, como en Francia.

Las Guerras Carlistas eran los cuadernos de quejas franceses, el levantamiento de los indios americanos y la excusa de un rey injustamente despo-

seido de un trono por defender, según el pueblo levantado, sus tierras comunales y su régimen autonómico, las leyes de sus padres y las tierras de la Iglesia que usufructuaba el pueblo. La figura de Carlos María Isidro es pues, el vehículo de expresión de un movimiento político en un momento en el que la única experiencia no monárquica era Estados Unidos, y quedaba demasiado lejos; y Francia, que dudaba a quién situar en la jefatura del Estado, si a un Orleans, un Borbón, o un Bonaparte.

Iparraguirre era el indio Jerónimo.

Al producirse el primer levantamiento carlista Iparraguirre, que estaba viviendo en Madrid entonces porque se habían trasladado sus padres un año antes, se escapa y llega, aún no se sabe muy bien cómo, a su Euskalherria, para alistarse voluntario en el ejército

revolucionario. Tenía solamente catorce años.

EL PRIMER EXILIO

La guerra se pierde y gran parte de los soldados carlistas tendrían que cruzar la frontera, encabezados por el propio Carlos V. Es su primer exilio y lo que va a condicionar, definitivamente, no sólo toda su vida, sino también, toda su obra. Porque era un poeta de la verdad y de los sentimientos. En el exilio le dolían los ojos por no ver los montes de su tierra, y en Euskalherria el alma de ver su lengua arrinconada, sus costumbres en el olvido. Por eso tuvo que recorrer media península con catorce años, por eso que añorar su paisaje desde fuera. Por todo, su poesía llena de pena y de nostalgias, de sencillez y de siglo XIX, de originalidad propia y palabras de los otros, de todo él.

**«Gazte gaztetandikan
eritrik kanpora
estranjeri aldean
pasa det denbora
Errialde guzietan
toki onak ba dira,
baina biotzat dio
«zopaz Euskalherria».**

*(Desde muy joven
salí de mi pueblo
pasando en el extranjero
mi tiempo.
En todas partes
hay buenos lugares
pero mi corazón me dice
«vete a Euskalherria»).*

Le descubren la voz, ya es definitiva su condición de cantor. Viaja, canta, y de paso conoce Europa: Francia, Suiza, Italia, y hasta Alemania antes de llegar a Londres.

En Londres, donde parece que pararon muchas «hornadas» de exiliados españoles el siglo pasado Iparraguirre conoce a un general, de Bilbao, en uno de sus conciertos, y consigue, por medio de él un pasaporte —indulto tácito— para volver

a España. Pasa por Euskadi y vuelve hasta Madrid, a ver a su madre. Y es en Madrid en donde canta por primera vez su «Gernikako Arbola».

Iparraguirre es un hombre del pueblo, de su pueblo, por eso tuvo que levantarse en armas y por eso, después de cantar por primera vez su «Gernikako Arbola» y acentuar las nostalgias de aquel rincón vasco del café de San Luis vuelve a su Euskalherria y

como un juglar o un cantor de la América que aún no conoce, va de pueblo en pueblo y de feria en feria disfrutando del paisaje, de la gente y del aire de Euskadi. Y Euskadi de él.

CANTOR DEL PUEBLO

El poeta y el hombre se habían tenido que marchar a raíz de la derrota de la primera guerra Carlista. Cuando vuelve a recorrer Euskadi, en 1853, hace unos pocos años que la Segunda Guerra Carlista había terminado, aunque esta vez apenas ha llegado en Euskadi a cristalizarse, más que en forma de escaramuzas aisladas, por lo que la ocupación militar es muy fuerte desde el año 49 Iparragirre sigue cantando a su tierra y sus fueros, a su madre y «la mujer vasca» que buscaba para casarse. En Catalunya «els matiners» gritaban por primera vez «¡Vivan los Fueros!».

A los dos años ya, en 1855, le encarcelan en Tolosa, es un «agitador de masas» en el «estado de excepción» del siglo XIX. Los fueros, palabra prohibida por el régimen libe-

«Zibilak esan naute
biziro egoki
Tolosan bear dala
gauza au erabaki
Giltzapean sartu naute
poliki, poliki;
negar egingo luke
nere amak baleki».

«Kartzelatik atera,
fiskalen etxera
abisatu ziraten
joateko bereala;
ez etortzeko geiago
probintzi onetara
orduan artu nuen
Santander aldera».

(Los civiles me han dicho que tenga cuidado que ha de dilucidarse en Tolosa mi causa. Me han encarcelado suave, suave lloraría mi madre si lo supiera).

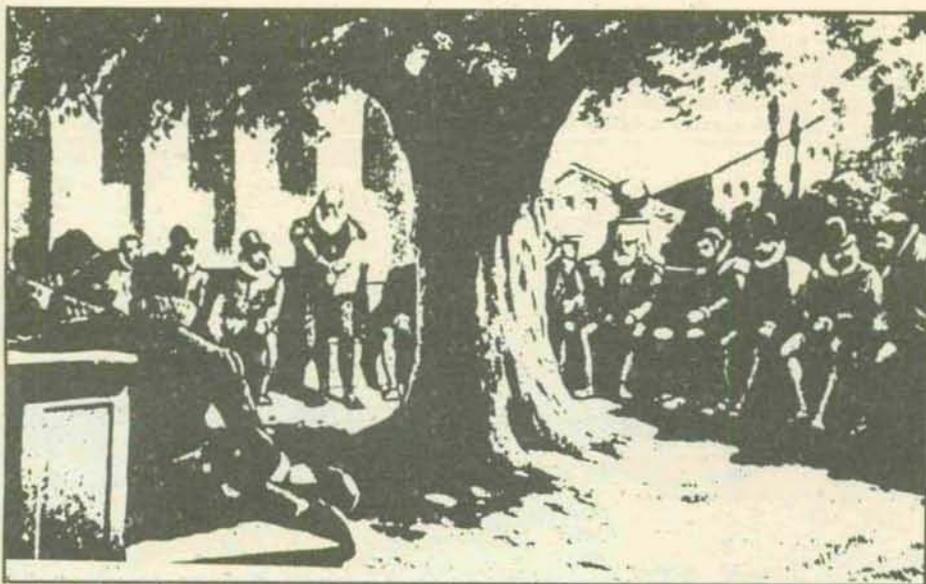
(Al salir de la cárcel me avisaron que fuera a casa del fiscal que no volviera más a esta provincia entonces me dirigí hacia Santander).

ral, levantaban a las masas y el cantor fue expulsado de su tierra, pasando a Santander, Asturias, Galicia, Portugal y Andalucía, durante dos años.

«Si lo supiera mi madre lloraría», «muchachos que salís con ilusión hacia América, dejando tierra y madre, América ya no es América, nada merece la pena tanto como para dejar casa, y tierra, dad una vuelta por el mundo y veréis cómo no hay tierra mejor que esta». «Sólo le pido a Dios que me

conceda la gracia de dejar mis huesos en esta tierra amada». «Si la voluntad de Dios es que no vaya por los mares, madre, para qué llorar». «Es triste dejar aquí la tierra querida». «Desde Montevideo hasta Euskalherria habrá unas dos mil leguas, y a pesar de nuestras esperanzas pasan los años y no hemos prosperado mucho». «Con la ley santa del amor, sin odio en el corazón, queremos vivir en paz con nuestros hermanos de Iberia. Nuestros seres son bienes en el Arbol querido. Los que quieren libertad, vengan juntos, con nosotros. Al mismo tiempo que respetamos la ley de Cristo, la fraternidad de los pueblos es la voluntad de los vascos. El buen euskaldun la necesita en busca de la muerte, en su patria, la tierra es madre. Está naciendo el día en que veremos la liga y alianza de las naciones. Un día aparecerá nuestra estrella de la mañana, sobre las nubes la sombra de Juan Zuria y entonces, si corre por las venas sangre de los viejos iberos, dar la vida diciendo ¡Viva Dios y el Arbol!».

Se han perdido las costumbres, hemos perdido el euskera, como sigamos así,



Un día aparecerá nuestra estrella de la mañana, sobre las nubes la sombra de Juan Zuria; y entonces, si corre por las venas sangre de los viejos iberos, dar la vida diciendo ¡Viva Dios y el Arbol! (Junta bajo el Arbol, óleo de Hombrados Oñativia).

dentro de cien años se habrá perdido **nuestro nombre**».

Una insolencia, tal vez un snobismo —siempre sin fundamento— el tratar de resumir el mensaje-sentimiento del cantor del pueblo en nuestras líneas, y además en castellano. Pero el mismo Iparraguirre veía, con angustia, que el idioma de sus padres quedaba relegado, ya en el siglo pasado. Nosotros somos el resultado de la invasión de la otra lengua de los centralistas que exiliaron a Iparraguirre, y apenas conseguimos traducir sus «bertsos» para que, tal vez como por un boomerang, queramos leerlos luego, como él los escribió. Puede que así recuperemos totalmente el sentido de la vida del poeta del exilio, del vividor de la libertad, del nostálgico de tiempos y sonidos, de colores y cantos de otros, de padre y madre de barro, de Euskadi y libertad. Y la propia realidad, la realidad resultado de su exilio y sus compañeros muertos, de las derrotas de los pueblos iberos, de la victoria de los regímenes del miedo y el control. Y de la confusión, del miedo que consiguieron hacer protagonista de la vida de este Estado desde que el sombrero romántico de los revolucionarios de hace cien años fue enterrado con ellos.

Como Valle-Inclán, pero con brazo.

AMERICA Y LA NATURALEZA

En América no pudo hacerse rico porque nunca fue a por el dinero. Pastor de rebaños de otros y espectador de los levantamientos continuos de los pueblos latinoamericanos, se había convertido en un pájaro que empezaba a descubrir el sol, la luna, las ovejas y toda la naturaleza, y seguía echando de menos a su tierra.

«Gainera izan degu
emen ere gerra
gure zori onean
pakea egin da;
baiñan gerra ondoren
dakar diktadura
on Lorenzo Latorre
nagusí degula».

*(Además hemos estado
aquí también en guerra
para nuestra alegría
se ha hecho la paz;
pero tras la guerra
tenemos la dictadura
es Lorenzo Latorre
el dictador).*

EUSKADI PATRIA MIA

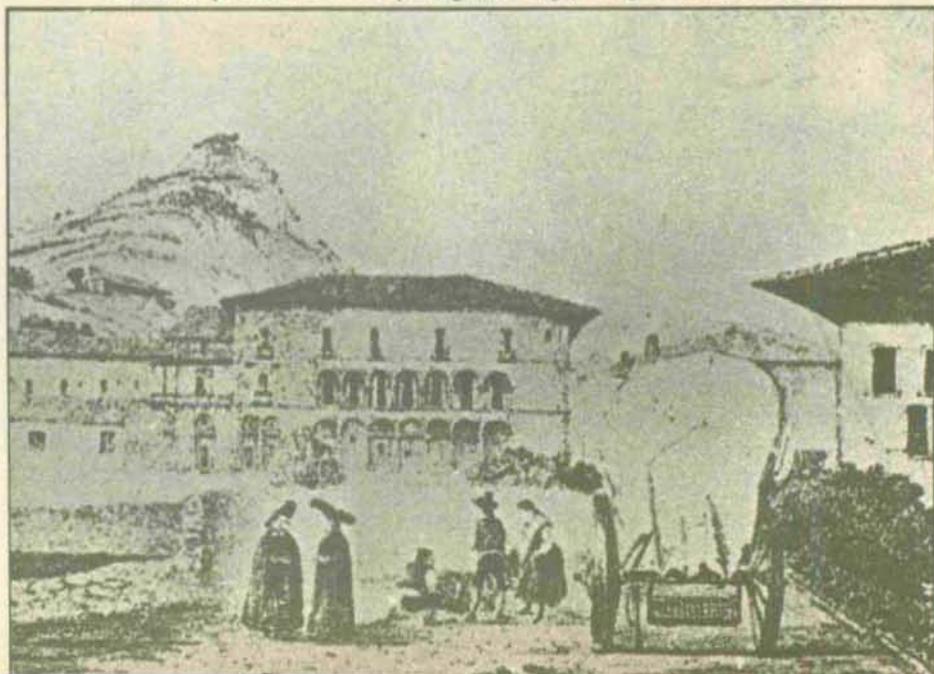
La tercera guerra Carlista fue toda una revolución en la Península, y principalmente, en Euskalherria. Carlos VII fue el rey carlista que convirtió a sus partidarios en «dinásticos», en lugar de monárquicos. En el área de influencia que tuvieron los rebeldes organizó todo un Estado paralelo: en Euskadi volvió a funcionar la Universidad de Oñate, y la enseñanza se hacía en vasco, estaba allí, además, el Gobierno de la otra España. En todas las nacionalidades naturales del Estado se instauraron los organismos autonómicos, incluso en las que ya habían olvidado sus fueros o su identidad de pueblo.

Pero la derrota fue, por ello, drástica y terrible para Euskadi. Los liberales mandan un ejército de casi 100.000 hom-

bres sobre la zona más fuerte de las que estaban en poder del ejército carlista. Y queda destrozada política y humanamente.

Esto provoca una curiosa reacción. La desaparición de los fueros potencia a la gran burguesía que a partir de entonces puede influir, sin ningún tipo de obstáculo, al menos formal, a nivel estatal. Pero la pequeña burguesía de ámbito únicamente local, o «regional» queda desplazada y supeditada a las directrices que marquen, desde Madrid, los grandes capitalistas. No queda otro remedio que crear los partidos nacionalistas burgueses. En Euskadi surge el PNV. Además, y justo al terminarse la guerra, se lanza una campaña liberal contra los iniciadores que «sólo consiguieron con ellos que los fue-

Los que quieren libertad, vengan juntos, con nosotros. Al mismo tiempo que respetamos la ley de Cristo, la fraternidad de los pueblos es la voluntad de los vascos. El buen Euskaldun la necesita en busca de la muerte, en su patria, la tierra es madre. (Villarreal de Urrechua, pueblo nativo de Iparraguirre, según un grabado de la época).



ros desaparecieran y que los hombres murieran».

EL VIEJO CANTOR VUELVE

En esto llega Iparraguirre.

Hace exactamente veinte años que dejó Euskadi para ir a América. La pérdida de los fueros es el revulsivo definitivo para su vuelta, desde que llegó a su nuevo exilio creía que volvería a su tierra al mes siguiente. Todas las campañas antiforales, disfrazadas o no, están en su apogeo y al poeta le vuelve a doler saber de nuevos muertos y de las esperanzas más reales machacadas para siempre. Lloro por todo, según se dice, reprochando a Carlos VII todas las desgracias de su pueblo. No es que caiga en el engaño, es que siempre ha cantado sólo con el corazón y el momento es especialmente triste para Euskalherria.

Para él el regreso es, además, primero emocionante, y después triste. El recibimiento es multitudinario en todas partes, pero luego nadie se compromete a asegurarle la subsistencia. Quería traer a su familia y terminó viviendo de la caridad, aunque sin llegar a saberlo. A los pocos meses de llegar, muere en un caserío a las afueras de Villarreal de Urretxua.

Sin embargo, en las últimas semanas de su vida Iparraguirre recuperó la alegría. Al instalarse cerca de su pueblo natal y, en Euskadi, «donde la tierra es madre» paseaba rodeado de críos y comía, y bebía. Y de cuando en cuando, cantaba casi sin voz a las cosas pequeñas que le hacían seguir vivo. Sin ningún tipo de rencor seguía respirando, como *sin sonidos cantaba y sin lágrimas lloraba*, siempre, pasado, fueros, madre y tierra.

El revive cada vez que suena el himno que sigue siendo unificador y nostálgico... Antes de que la Historia se escribiera... Antes de que los hombres ultrajaran la tierra pretendiendo que podía ser propiedad... Antes de que tuvieran que surgir poetas que hablaran, porque todos hacían poesía contemplando los montes. Antes de antes. Antes de Iparraguirre incluso. (Iparraguirre'ren illobia).



«Biba Rioja, biba Naparra
arkume onarem iztarra,
emen guziok anaiak gera
ustu dezagun pitxarra
glu, glu, glu...
Umoria da gauzik onena
nai gabeak ditu astutzen
uju ta aja asi gaitean
euskal doñuan kantatutzen».

(Viva Rioja, Viva Navarra
y buena pierna de cordero
aquí somos todos hermanos
escanciamos el jarro
glu, glu, glu...
El humor es la cosa mejor
hace olvidar todas las penas
con risas comencemos
a cantar nuestras canciones
vascas).

POETAK

La historia de Iparraguirre no se acaba con la discusión de si su muerte fue por intoxicación o por una pulmonía. El revive cada vez que suena el himno que sigue siendo unificador y nostálgico, y lleno de los recuerdos ancestrales del pueblo que, puede ser el primero que se asentó en la Península. Antes de aquellos iberos a los que cantaba el poeta y recordaba como compañeros de la misma aventura de la Historia.

Antes de que la Historia se es-

cribiera, antes de que el idioma vasco se quedara sorprendido por los adelantos técnicos. Antes de que los robles dejaran de ser lo mismo que la supervivencia, de que los hombres ultrajaran la tierra pretendiendo que podía ser propiedad. Antes de que tuvieran que surgir poetas que hablaran, porque todos hacían poesía contemplando los montes. Antes de que a los cantores les discutieran letras y música, como si sus cantos fueran sólo técnica. Antes de antes. Antes de Iparraguirre incluso. ■ E. F. P. A.